

Copyright © 2024 JUAN LUIS Sánchez
Todos los derechos reservados.

AGRADECIMIENTOS

Esta novelización de los hechos reales se publicó en marzo de 2024. Elaborada conforme al testimonio de diversos testigos y personas cercanas a los protagonistas, desvelaba datos que después han sido confirmados por la sentencia del 29 de agosto de 2024.

El libro ha sido redactado para reivindicar la memoria del doctor Edwin Arrieta, muchas veces difamado por algunos medios de comunicación españoles, que parecen proteger en demasía al condenado por asesinato por premeditación Daniel Sancho.

Estamos hablando de un auténtico blanqueamiento mediático. ¿Por qué ese afán en encubrir a un vástago del ahijado de Adolfo Suárez? Sorprende el poder mediático que tiene su familia, y la falta de escrúpulos de algunos profesionales del periodismo que dejan mal a la víctima de forma injusta, sin importarles el dolor de los suyos.

Había que contar la verdad sobre el fallecido.

Según todas las personas que le conocían con las que el autor ha podido conversar, se trataba de una persona de conducta intachable, y un buen profesional médico, siempre preocupado por los suyos. Respecto a sus familiares se ha intentado no profundizar demasiado en sus vidas, pues bastante dolor han sufrido ya. De igual manera, tampoco se sondea demasiado al clan de procedencia de Daniel Sancho, que procede de una saga de actores de primera categoría. Respecto a Laura —su pareja—, y los suyos, el autor ha barajado cambiar los nombres, pues desde luego bastante les ha caído encima. En todo caso, se ha mantenido el nombre de pila de la muchacha al ser sobradamente conocido y el resto se ha ficcionado. El escritor se ha permitido también alguna pequeña licencia por razones dramáticas, pero todo ocurrió más o menos como se narra.

Capítulo 1

Cuando pisé el aula de quinto curso, mi mirada se deslizó como una serpiente hambrienta buscando a su presa. Era un lugar repleto de pequeñas víctimas, pero mis ojos se posaron en una en particular: un niño de cabello rizado y mirada tímida. Decidí llamarlo Lucas. No importaba su nombre real; en mi universo, él era Lucas.

Lucas parecía diferente. No por su ropa o su forma de hablar, sino por algo más intangible: había escuchado que tenía un hermano homosexual. Una debilidad que no podía pasar por alto. No pude evitar sonreír con malicia mientras me acercaba a él, como un depredador acechando a su presa.

—¿Qué pasa, maricón? ¿Tu hermano te peina el pelo con su peine rosa? —disparé con bala, usando palabras destinadas a romper su frágil armadura emocional.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras retrocedía, tratando de escapar de mi sombra amenazadora. Su sufrimiento era como una sinfonía de placer para mis oídos. ¿Quién era yo para resistirme a tal melodía?

En ese momento llegó el profesor Pizarro, que interrumpió mi deleite. Se trataba de un hombre con un aura de autoridad que apenas podía ocultar su impotencia. Mientras se acercaba a nosotros, sus ojos examinaban la escena con desaprobación.

—¿Qué está pasando aquí? —su voz era un trueno bajo, resonando en las paredes del aula.

Lucas señaló con un dedo tembloroso en mi dirección, acusándome de ser el arquitecto de su dolor. Pero yo solo era un espectador inocente en este teatro de crueldad.

—No ha pasado nada, Sr. Pizarro —murmuré con falsa inocencia. Mi rostro se transformó en una máscara de pureza. Lucas ha tropezado. Eso ha sido todo.

El maestro frunció el ceño, pero aceptó mi mentira con resignación. ¿Qué podía hacer él contra la fuerza de mi

influencia? Nada, excepto volver a susurrar palabras de aliento a Lucas, un acto tan inútil como intentar detener el avance de una marea con las manos desnudas.

Al día siguiente, me encontré con otro objetivo para mis burlas: Marcos, otro niño con hermano homosexual. También estaba en mi lista de objetivos. ¿Qué posibilidades había de que dos chicos de clase compartieran esa misma debilidad? ¿O era acaso un destino inevitable, una maldición que se propagaba como un virus a través de las familias?

No perdí el tiempo en sutilezas. Mis palabras fueron como flechas envenenadas, encontrando su blanco con precisión letal. Marcos cayó bajo el peso de mis insultos. Su espíritu quedó quebrado como cristal bajo un martillo.

Pero esta vez, no fui lo suficientemente rápido. El Sr. Pizarro irrumpió en la escena antes de que pudiera retirarme, su rostro enrojecido de ira y desaprobación. Me agarró con una fuerza que me hizo estremecer, arrastrándome hacia la oficina del director con una determinación feroz.

El director Pallette, un hombre imponente con una barba gris y ojos penetrantes, me recibió con una mezcla de sorpresa y reconocimiento. Me reconoció de inmediato porque todo el mundo se fijaba en mí, debido a la fama de mi progenitor.

—Daniel, ¿verdad? —sus palabras fueron como el chirrido de una puerta oxidada, raspando contra mis nervios expuestos— Tu abuelo es un gran actor. Y tu padre. ¿Qué diría él si supiera cómo te comportas en la escuela?

Mi padre. La mención de su nombre era como una daga en mi corazón, recordándome la distancia insuperable que había entre nosotros. Él era una estrella en el firmamento, mientras que yo era solo un borrón en la página de la vida.

—Mi padre está ocupado —respondí con frialdad, tratando de ocultar la verdad detrás de mis palabras—. No tiene tiempo para preocuparse por mí.

El director intercambió una mirada con el Sr. Pizarro antes de suspirar con resignación. Sacudió la cabeza, como si lamentara el destino que me aguardaba.

—Puede estar liado, pero eso no te exime de responsabilidad, Daniel —su voz era un eco distante, perdido en el vacío de mi alma—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

De vuelta en casa, me enfrenté al juicio de mi progenitor. Su mirada era fría y distante, como si no reconociera al niño que tenía delante de él. Me reprendió con palabras afiladas como cuchillos, cortando a través de mi fachada de indiferencia con facilidad.

—¿Cuándo vas a aprender, Daniel? —su voz era un susurro cargado de decepción— ¿Cuántas veces más tengo que venir a rescatarte de tus propios errores?

Traté de disculparme, de explicarle que no era mi culpa, que el mundo estaba en mi contra. Pero mis palabras sonaban huecas incluso a mis propios oídos. ¿Qué podía decir que no fuera una evidente mentira?

—La próxima semana irás a quedarte con tu madre —anunció, con un tono que parecía el golpe de un martillo en mi conciencia—. Y si no te comportas, te enviaré a una academia militar. Tal vez allí aprenderás algo sobre disciplina.

Su amenaza resonó en el aire como un eco ominoso, llenando la habitación con su presencia opresiva. Me sentí como un prisionero condenado a muerte, esperando el golpe final que sellaría mi destino.

Pero yo no era un mártir resignado a su suerte. No, yo era el arquitecto de mi propio destino. Y aunque el mundo estuviera en mi contra, yo encontraría la manera de sobrevivir. Porque en este mundo oscuro y cruel, solo hay una regla que importa: sobrevive o muere. Y yo no estaba listo para morir todavía.

Capítulo 2

El recuerdo de aquella visita al set de rodaje de una telecomedia futurista cuyo nombre he olvidado sigue grabado en lo más profundo de mi mente, como una película en bucle que se reproduce una y otra vez. Fue un día que comenzó con la emoción inocente de un niño curioso y terminó con la revelación de una verdad oscura que cambiaría mi vida para siempre.

Mi niñera, María, me llevó al lugar para ver trabajar a mi abuelo, cuyas películas había visto en casa, así como la serie que le había convertido en una cara reconocida por todos, pero en realidad nunca le había visto trabajar. Para mí, era un héroe, un titán de la pantalla que podía hacer cualquier cosa. Y así, con ojos llenos de admiración, me planté en medio de la actividad frenética del

rodaje.

La zona estaba repleta de personas corriendo de un lado a otro, ajustando luces, colocando cámaras y siguiendo las órdenes del director con diligencia. La atmósfera estaba cargada de electricidad, y yo estaba completamente absorbido por la escena que se desarrollaba delante de mis ojos.

El gran hombre estaba en el centro de todo, rodeado de un aura de autoridad y carisma. Era como si el mundo girara a su alrededor, y yo era solo un espectador privilegiado en su universo. Observé maravillado cómo se transformaba en su personaje, cómo se sumergía en la piel de otro ser humano con una facilidad que me dejaba boquiabierto.

Pero mientras estaba absorto en la actuación de mi abuelo, algo más capturó mi atención. Juani, la señora de la limpieza, estaba cerca, realizando su trabajo con diligencia y sin llamar la atención. En mi mente infantil, la etiqueté como una marciana, una intrusa en el mundo que mi abuelo estaba creando.

Y así, sin pensarlo dos veces, tomé un fusil láser de utilería que encontré tirado en el suelo y decidí que era mi deber eliminar a la amenaza alienígena que se cernía sobre nosotros. Me lancé en una persecución frenética tras Juani, emitiendo sonidos de disparos y gritos de batalla, convencido de que estaba cumpliendo con mi deber como defensor de la galaxia.

Juani, por supuesto, no entendía lo que estaba sucediendo. Solo vio a un niño desquiciado persiguiéndola con un arma de juguete, y salió corriendo en busca de refugio. Pero mi determinación era inquebrantable, así que continué mi cacería, sintiendo la emoción de la batalla correr por mis venas.

Cuando el fusil láser se rompió en mis manos, la realidad finalmente se abrió paso en mi conciencia. Miré el arma destrozada con horror, dándome cuenta de lo que había estado a punto de hacer. En ese momento, fui consciente de la gravedad de mis acciones, de la oscuridad que se escondía dentro de mí, esperando a ser liberada.

Fui detenido por el regidor y un cámara antes de que pudiera hacerle daño a Juani, y la mirada de desaprobación en sus ojos me cortó hasta lo más profundo. Me llevaron ante mi abuelo, cuya expresión era una mezcla de preocupación y decepción. Pero yo sabía lo que tenía que hacer: poner mi mejor cara de

inocencia y negar cualquier conocimiento de lo sucedido. Mi abuelo, confiado en mi aparente inocencia, me dio una propina de 20 euros y pidió a María que me llevara a casa. —Cuida de mi «nietón» —aseveró, dejando claro que yo era el favorito de los tres nietos que tenía. Y así, con la sensación de culpa pesando en mi pecho, abandonamos el set y nos adentramos en la oscuridad del mundo exterior. Ese día, descubrí la verdad oculta detrás de la máscara de la actuación, la oscuridad que acechaba en los rincones más profundos de mi ser. Y aunque traté de olvidar lo que había sucedido, ese recuerdo siempre ha permanecido conmigo, recordándome quién soy en realidad, más allá de las máscaras que todos llevamos puestas.

Capítulo 3

A medida que María y yo abandonábamos aquel sitio, una sensación de inquietud se apoderó de mí. Sabía que había cruzado una línea ese día, que algo en mi interior se había desatado y no podía volver a aparentar ser un niño contenido. La imagen rota del fusil láser seguía grabada en mi mente, recordándome mi potencial para la destrucción.

Durante el trayecto de regreso a casa, el silencio entre María y yo era abrumador. Podía sentir su mirada de reprobación clavándose en mí, pero no me atrevía a enfrentarme a ella. Me sumergí en mis propios pensamientos, tratando de entender lo que había sucedido y qué significaba para mí.

¿Era yo realmente capaz de hacerle daño a alguien? ¿Había heredado esa oscuridad de mi abuelo, o era algo que siempre había estado dentro de mí, esperando el momento adecuado para salir a la superficie?

Regresar a casa de mi madre siempre me traía un sentimiento agri dulce. Por un lado, la familiaridad de las paredes conocidas y los muebles desgastados por el tiempo me ofrecía cierto consuelo. Pero por otro lado, la atmósfera cargada de tensiones y las miradas de desaprobación que se intercambian entre mi madre y su nueva pareja me recuerdan que este no es realmente mi hogar.

Mi progenitora, Silvia, es una mujer que siempre ha luchado por

mantenerse a flote en un mundo que parece empeñado en hundirla. Cuando era joven y hermosa, sus ojos brillaban con la promesa de un futuro lleno de posibilidades. Pero la vida no siempre cumple nuestras expectativas, así que pronto se encontró luchando por sobrevivir en un mundo que no estaba hecho para ella.

Solía contarme historias sobre su juventud con mi padre. Se conocieron en una clase de teatro, dos jóvenes soñadores que creían que podían conquistar el mundo con su talento. Pero mientras mi padre siguió persiguiendo sus sueños en el escenario y los platós televisivos, ella se vio obligada a abandonar los suyos y buscar una vida más estable en el mundo de los seguros.

Mientras me sentaba en la mesa del comedor con mi madre y su novio, sentía el peso de todas las decisiones que nos habían llevado hasta allí. Mi madre intentaba que su más reciente conquista me cayera bien con una sonrisa forzada en el rostro, pero yo apenas podía contener mi desprecio hacia este extraño que había invadido nuestro espacio sagrado.

Decidí escapar de la opresión de la casa y bajar a la calle en busca de algo que me hiciera sentir vivo. Casualidades de la vida. Me encontré con Lucas, aquel compañero que me provoca asco por la sexualidad de su hermano mayor. Le provoqué, le insulté y le atacé como si fuera un depredador buscando su próxima presa. Puedo notar que algo dentro del chaval se rompe. La ira burbujea en mi interior, alimentada por diversos humillación y dolor, y finalmente explota en una violenta oleada de furia. Se atreve a mirarme mal.

Sin pensar en las consecuencias, me abalanzo sobre Lucas con toda la fuerza que puedo reunir, golpeándolo una y otra vez hasta que ya no queda nada más que un montón de carne magullada y huesos rotos en el suelo. Apareció de no se sabe dónde su madre, horrorizada por la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. Nos separó y me arrastró de vuelta a casa.

Mi madre me recibió con una mezcla de desaprobación y preocupación en su rostro. Me reprendió por mi comportamiento, pero tenía un destello de orgullo en sus ojos que no puedo ignorar. Ella sabía que no era como los demás niños, que llevaba una oscuridad dentro de mí que ni siquiera yo

puedo comprender.

Puse mi mejor cara de inocencia mientras mi progenitora me servía la cena y trataba de distraerme con conversaciones triviales y risas forzadas. Pero en lo más profundo de mi ser, sabía que algo ha cambiado irrevocablemente en mí. Ya no era el niño adorable que una vez fui. Ahora, había despertado a la bestia que yacía dormida dentro de mí, y no existía vuelta atrás.

Capítulo 4

María, la niñera, me esperaba frente al colegio con su rostro impasible. Sentí sus ojos fríos como el acero.

—Tu padre está ocupado, así que no puede venir a buscarte — murmuró con una voz rotunda—. Te llevaré a casa de tu abuelo. Yo, Daniel, caminaba por el sendero polvoriento, arrastrando los pies en un trance sombrío que solo los niños comprenden. Me condujo por el laberinto de calles hasta la morada de mi abuelo. Al llegar, encontramos la puerta entreabierta, un eco vacío de bienvenida que resonaba en el silencio sepulcral. Empujamos la puerta con cautela y nos adentramos en la penumbra de la casa. El anciano estaba allí, frente al televisor, perdido en un mundo de fantasía que solo él podía ver. Las imágenes danzaban en la pantalla, reviviendo sus días de gloria como el famoso bandolero de una serie que ya solo conocían los que tenían su edad. Intenté llamar su atención, pero su mirada estaba clavada en su propia imagen, ajena al mundo que lo rodeaba. Le acompañaba mi abuela, Noela, que también parecía recordar su juventud al ver aquel gran éxito de antaño.

Dejé que María se ocupara de ellos mientras me aventuraba por los rincones oscuros de la casa, persiguiendo sombras que parecían desvanecerse en el aire. En una mesilla polvorienta, encontré una foto de mi abuelo junto a su padrino de boda, también de bautizo de mi progenitor, el primer presidente de la Democracia en España. Me quedé un momento observándola, atrapado en los recuerdos, dándome cuenta de cuánto tiempo había pasado sin verlo. Mi familia decía que andaba mal de salud. Fue entonces cuando la vi, la reliquia olvidada de un pasado glorioso, el trabuco oxidado que solía ser el arma icónica de mi abuelo. Me advirtieron que no lo tocara, que estaba cargado y podía hacerme daño. Pero la tentación era demasiado fuerte, una

voz sibilante que susurraba en lo más profundo de mi mente. Lo tomé en mis manos temblorosas, sintiendo su peso ominoso como una losa sobre mis hombros. Mis dedos acariciaron el metal frío, trazando líneas invisibles en la superficie rugosa. Y entonces, como si fuera el protagonista de una macabra obra de teatro, me encontré con María, fregando los platos en la cocina. Su presencia era una sombra que acechaba en la penumbra, un recordatorio constante de mi propia impotencia. Me miró con indiferencia. Sus ojos estaban fríos como el hielo, y por un instante, vi el reflejo de mi propio desprecio en ellos. Pero yo no era un niño indefenso, no esta vez. Ahora, yo tenía el poder en mis manos.

Apunté el trabuco hacia ella, sintiendo el peso del arma en mis manos como una carga demasiado pesada para soportar. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, como un tambor frenético que anunciaba la llegada del caos. Y entonces, con un movimiento rápido y decidido, apreté el gatillo, esperando el estruendo ensordecedor del disparo, el estallido de violencia que marcaría el inicio de mi reinado de terror.

Pero no pasó nada. Solo el silencio sepulcral de la cocina, roto únicamente por el sonido monótono del agua que goteaba en el fregadero. María me miró con sorpresa. Sus ojos se habían abierto con incredulidad, y por un instante, vi el destello de miedo en ellos. Pero fue solo un destello fugaz, una chispa de pánico que se apagó rápidamente bajo la máscara de indiferencia.

Entonces, todo sucedió muy rápido. La niñera se abalanzó hacia mí, y antes de que pudiera reaccionar, sentí el impacto de su bofetada contra mi mejilla. El dolor ardiente se extendió por mi rostro, una marca indeleble de mi propia debilidad.

Y entonces llegó mi abuelo, llenando el umbral de la cocina con su figura imponente. Sus ojos brillaban con una mezcla de ira y confusión; su voz retumbaba en el aire tenso como un trueno lejano.

—¿Qué está pasando aquí? —rugió, mientras su voz resonaba en las paredes como un eco de la eternidad.

Inocente como siempre, fingí que nada había pasado. Acusé a María de haberme golpeado, con palabras adobadas con la dulzura de la mentira. Y mi abuelo, con su corazón tierno pero su

temperamento volátil, la despidió sin más contemplaciones, arrancando una pieza más del frágil tejido que sostenía mi cordura

Capítulo 5

Han pasado dieciséis años desde que mis pies tocaron por última vez los desgastados suelos de la escuela primaria, pero los recuerdos aún persisten, como sombras acechantes en los rincones más oscuros de mi mente. La gente siempre me dice que tengo el aspecto de un actor, que mi rostro podría conquistar las pantallas del cine o del teatro, siguiendo los pasos de mi padre y mi abuelo en el mundo del espectáculo. Pero yo, yo no me veo encerrado tras las luces y las cámaras. No, yo anhelo algo más, algo que me haga trascender las fronteras de lo común, algo que me eleve por encima de los demás mortales.

La vida me ha llevado por caminos sinuosos, me ha arrastrado por callejones oscuros y me ha mostrado el lado más sórdido de la existencia humana. Ahora, me encuentro en medio de las calles bulliciosas de Madrid, una ciudad que late con vida propia, pero que también esconde sus secretos más oscuros en los callejones olvidados y los rincones más sombríos.

He quedado con Laura, una conquista, en plena calle José Abascal, pero el destino parece estar jugando en mi contra una vez más. Nos encontramos atascados en medio de la multitud, como hojas atrapadas en la corriente de un río turbulento. La gente se agolpa a nuestro alrededor, impaciente por llegar a sus destinos, mientras el tiempo parece estirarse como un chicle, alargando cada segundo hasta convertirlo en una eternidad de espera.

Decidimos coger un taxi para llegar a tiempo al concierto al que nos dirigíamos, pero la espera se alarga más de lo previsto y la impaciencia comienza a devorarme desde dentro, como un gusano roedor que se abre paso a través de mi piel y mis huesos. La ciudad se mueve a su propio ritmo, ajena a mi desesperación, mientras los minutos se deslizan lentamente como gotas de agua por un cristal empañado.

Sin embargo, en medio de la multitud, veo una oportunidad, un rayo de esperanza en medio de la oscuridad. Un taxi se detiene frente a nosotros, con sus luces parpadeando como faros en la

noche, y sin pensarlo dos veces, avanzo hacia él, decidido a asegurarme de que no se nos escape como un pez escurridizo entre las manos.

Pero el destino tiene otros planes para mí. Un hombre, cuyo nombre se pierde en el caos de la multitud, se interpone en mi camino. Su rostro parece una máscara de determinación y desafío. Me ordena esperar mi turno como el resto de la gente, como si yo fuera solo uno más en la interminable masa de desconocidos que pueblan las calles de la ciudad.

Mi orgullo se enciende como una llama dentro de mí, alimentada por la frustración y la rabia acumuladas durante años de lucha y desafío. ¿Cómo se atreve este hombre a desafiarme, a ponerme en mi lugar como si fuera un niño pequeño que necesita ser disciplinado? Yo soy Daniel, el dueño de mi destino, el arquitecto de mi propia vida, y no permitiré que nadie me diga lo contrario. Pero el hombre no cede, no se amilana ante mi mirada desafiante. Sus ojos me observan con una intensidad que me hiela la sangre en las venas, y cuando intento subirme al taxi, me sujeta por la cintura con una fuerza que me deja sin aliento. Mis músculos se tensan bajo su agarre, pero él no parece dispuesto a soltarme, no hasta que haya aprendido la lección que él tiene para enseñarme.

En medio del caos, Laura se queda paralizada por el miedo. Sus ojos se llenan de terror por la escena que se desarrolla ante sus ojos. Intento tranquilizarla, intento convencerla de que todo estará bien, pero sé que mis palabras suenan huecas incluso a mis propios oídos. La muchacha sale corriendo porque siente que la violencia está en el aire, palpable como una tormenta que se avecina en el horizonte, y sé que no hay nada que pueda hacer para detenerla.

Y entonces, en un arrebato de ira ciega, golpeo al tipo con todas mis fuerzas. Mi puño choca contra su mandíbula con un sonido sordo y hueco. Con un rugido de furia que brota desde lo más profundo de mi ser, mis manos se convierten en martillos de venganza, descendiendo con una fuerza implacable sobre el rostro del desafortunado que se interpone en mi camino. Cada golpe es un estallido de violencia contenida, una explosión de ira que amenaza con consumirme por completo.

Siento el crujido de huesos bajo mis nudillos, el calor de la sangre

que salpica mi piel y el sonido sordo de los golpes que resuena en el aire como un tambor de guerra. Mis sentidos se nublan por la adrenalina, por el frenesí de la batalla, y por un breve instante, soy el amo y señor de mi destino, un dios vengador que castiga a sus enemigos con una justicia implacable.

El hombre cae al suelo con un gemido ahogado. Su rostro ha quedado deformado por el dolor y la sorpresa. La sangre brota de sus labios partidos, de su nariz rota, de cada uno de los golpes que le he infligido con una ferocidad que bordea lo salvaje. Pero yo no me detengo, no puedo detenerme, no hasta que haya dejado una marca imborrable en su piel, una cicatriz que le recuerde quién es el verdadero amo de este mundo.

Cuando por fin paro, el hombre yace en el suelo, con algo de sangre en el rostro. La multitud a mi alrededor se aparta, horrorizada por la escena que acaba de presenciar, y por un breve instante, soy el rey de un reino de sombras, un señor de la guerra cuyo dominio se extiende hasta los confines del universo conocido. Pero la victoria es efímera, un espejismo en el desierto de mi existencia, y cuando finalmente me doy cuenta de la magnitud de mis actos, la realidad se cierra sobre mí como un puño de hierro, aplastándome bajo su peso insoportable.

El hombre está casi desmayado, por un momento apenas consciente de su propia existencia, y yo me doy cuenta de que he ido demasiado lejos, de que he cruzado una línea que nunca debería haber traspasado. La sangre sigue brotando de sus heridas, un río rojo que se desliza por el pavimento como una serpiente venenosa, y por un breve instante, siento el peso de la culpa aplastándome el pecho como una losa de piedra.

Pero ya es demasiado tarde para lamentaciones, demasiado tarde para arrepentimientos. El daño está hecho.

Entro en el taxi, pero este no arranca. Su conductor me mira con ojos llenos de temor y desconfianza a través del espejo retrovisor. Golpeo la mampara con furia, exigiendo que nos lleve lejos de este lugar maldito, pero él se niega a ceder ante mis demandas. Su rostro se ha convertido en una máscara de determinación y desafío.

Finalmente, con el corazón latiendo desbocado en mi pecho y la adrenalina corriendo por mis venas como un río salvaje, salgo del taxi y me alejo, dejando atrás el caos y la destrucción que he

sembrado a mi paso. La ciudad sigue su marcha, indiferente a mi presencia, y sé que mi destino está sellado. La oscuridad me rodea, me envuelve como un manto frío, y sé que no hay escapatoria posible. La policía me persigue. Las sirenas aúllan en la noche como lobos hambrientos, y sé que mi hora ha llegado. La justicia, esa fría dama de ojos vendados, me espera con los brazos abiertos, y yo, yo no tengo más opción que aceptar mi destino con dignidad y resignación.

Capítulo 6

El zumbido constante de mi mente resonaba en la oscuridad de mi habitación, igual que el eco de un desastre inminente. Mi padre —que desde hacía algún tiempo se había trasladado a un casoplón en Fuerteventura— había cerrado el grifo, la fuente de mis caprichos y placeres efímeros, con una sola advertencia despiadada: trabajar o estudiar, o enfrentarme a la sequía financiera. Laura, mi ancla en este mar de incertidumbre, había desaparecido de mi vista tras el incidente del taxi. Yo mismo había creado un abismo entre nosotros que se hacía más profundo con cada llamada ignorada. Me hundí en el sofá, atrapado en un océano de angustia, pero traté de encontrar refugio en la pantalla parpadeante de la televisión.

Un programa insípido parpadeaba ante mis ojos, susurros monótonos de vidas vacías que apenas lograban penetrar mi conciencia. Cambié de canal, buscando desesperadamente una distracción, y me encontré sumergido en las profundidades de un drama criminal.

El programa televisivo «Crímenes en la Sombra» se despliega ante mis ojos. El presentador, David López, con su voz grave y penetrante, introduce al invitado principal, el «Estrangulador de la Noche», cuyo nombre real es Roberto López.

Sentado en una silla alta, López emerge de las sombras con una calma perturbadora. Su rostro, apenas visible en la penumbra del estudio, refleja un aura de malicia palpable. La audiencia contiene el aliento mientras López, con una serenidad escalofriante, relataba los detalles macabros de su último asesinato.

«La víctima fue una joven desprevenida», comienza López, con una voz fría y desprovista de emoción. «La seguí desde el bar

hasta su apartamento, las sombras me envolvían como un manto de oscuridad. Fue fácil, demasiado fácil».

Observo con fascinación morbosa mientras López revela los detalles de su horrendo acto. La manera en que describe el asesinato, sin un ápice de remordimiento, me estremece hasta lo más profundo de mi ser.

El presentador, con una sonrisa siniestra danzando en sus labios, pregunta por los motivos detrás del crimen. La respuesta de López es tan escalofriante como esperaba. «El poder», declara con frialdad. «El poder de decidir quién vive y quién muere. Esa es la verdadera droga, David. Esa es la verdadera razón por la que hago lo que hago».

Mientras escucho las palabras del asesino, me sorprendo a mí mismo sintiendo placer sexual. Un cosquilleo agradable aparece en mi entrepierna al pensar que en unos minutos aquel tipo había acabado con la vida de la chica. El intercambio entre el presentador y el asesino continúa, cada palabra cargada de un aura oscura y opresiva. En ese momento, en la penumbra del estudio de televisión, parece como si el mal mismo hubiera encontrado una voz, una voz que susurra promesas de destrucción y desesperación en los corazones de aquellos que están dispuestos a escuchar.

Al final me pongo de los nervios. El asesino, patético y predecible, había sido atrapado en un absurdo juego de gatos y ratones en menos de dos meses. Qué pringado. Sacudí la cabeza con desdén, la incredulidad y el desprecio mezclándose en un cóctel amargo en mi interior. Si hubiera sido yo, con mi ingenio afilado y mi astucia imparables, las cosas habrían sido diferentes. Las cosas habrían sido mejores.

Mis dedos se crisparon en el control remoto mientras la ira hervía bajo mi piel. Con un movimiento brusco, lancé una patada hacia la pantalla parpadeante, un estallido de violencia que rompió la monotonía de la noche. El vidrio se hizo añicos con un sonido satisfactorio, dispersando destellos de luz en la habitación oscura. Pero la satisfacción fue efímera, ahogada por la repentina realidad que se estrelló contra mí como una ola helada: mi padre no compraría otro televisor.

El silencio se instaló como un manto pesado sobre mis hombros, aplastándome con su presión implacable. ¿Qué podía hacer

ahora? Mis pensamientos corrían descontrolados, persiguiendo soluciones escurridizas en un laberinto de desesperación.

Entonces, como un destello de lucidez en la tormenta, la idea tomó forma en mi mente agotada.

Laura. Mi ancla, mi salvación, mi única esperanza en este mar de desdicha. Tomé el teléfono con manos temblorosas, buscando su número con una urgencia febril. Las palabras brotaron de mis labios con una promesa desesperada, un juramento de cambio y redención que apenas reconocía como propio. Le supliqué que me diera otra oportunidad, que confiara en mí una vez más. Y cuando mencioné Ibiza, la promesa dorada de un escape fugaz, pude sentir la chispa de esperanza avivarse en mi pecho.

La conversación terminó con un eco vacío en mis oídos, el sonido de un sueño frágil a punto de desvanecerse. Miré el teléfono en mi mano, la pantalla brillante como un faro en la oscuridad, y me di cuenta de que tenía poco dinero en el banco. Pero ¿qué importaba eso ahora? Me lo gastaría todo en el viaje, en la ilusión efímera de un paraíso perdido. Porque en ese momento, en la oscuridad sofocante de mi habitación, Ibiza brillaba como la última estrella en el firmamento, una promesa de redención en un mundo oscuro y sin esperanza.

Mi mente se sumergió en un torbellino de planes y fantasías mientras contemplaba el resplandor hipnótico de la pantalla rota. Ibiza, un refugio dorado en medio del mar Mediterráneo, se alzaba ante mí como un faro de esperanza en un océano de desesperación. ¿Qué importaba el dinero, la responsabilidad, el pasado oscuro que se cernía sobre mí como una sombra implacable? Laura y yo, navegando hacia la puesta de sol en el barco de un amigo, dejando atrás las ruinas de nuestras vidas pasadas, era todo lo que importaba.

El sonido distante de las olas rompiendo contra la costa me llamaba, una sinfonía de libertad en un mundo aprisionado por las cadenas del destino. Cerré los ojos por un instante, dejando que la brisa nocturna acariciara mi piel con su caricia suave y fugaz. Y en ese momento de quietud, de calma antes de la tormenta, supe que no había vuelta atrás.

Capítulo 7

El sol de Ibiza se alza sobre el horizonte como un testigo de

nuestra tragedia personal, bañando el mar en una luz dorada que apenas logra disipar la oscuridad que se cierne sobre nosotros. La arena ardiente quema mis pies descalzos mientras Laura y yo avanzamos hacia el océano en silencio.

La brisa marina acaricia mi rostro, trayendo consigo el olor a sal y promesas rotas. Laura me mira con ojos que alguna vez fueron ventana al paraíso, pero que ahora solo reflejan la tormenta que ruge dentro de su alma.

—Daniel, ya no puedo seguir así—, dice. Sus palabras parecen flechas envenenadas que se clavan en mi pecho—. Tu comportamiento, a veces... es demasiado insoportable. No puedo seguir fingiendo que está bien.

Me detengo en seco, sintiendo el peso de sus palabras aplastándome como una losa de mármol.

—Lo siento—, murmuro, pero las palabras se pierden en el rugido del mar—. Te prometo que puedo cambiar. Estoy tratando de ser mejor, de ser quien necesitas que sea.

Ella suspira, cargada de dolor y decepción.

—Lo comprendo. Pero ya no sé cuánto más puedo soportar esta montaña rusa emocional.

Nos sumergimos en el océano, dejando que las olas nos envuelvan en su abrazo frío y salvaje. Por un momento, todo es silencio excepto por el sonido del agua golpeando contra nuestros cuerpos y la respiración agitada de ambos.

Surfeamos juntos. Nuestras almas se entrelazan en la danza de las olas. Pero incluso en medio de la serenidad aparente del océano, siento la tormenta rugiendo en lo más profundo de mi pecho.

Horas más tarde, nos encontramos en un barco repleto de gente joven y efervescente. La música dance y disco retumba en mis oídos, mezclándose con el olor acre de la cocaína que flota en el aire. Mis amigos se ríen y bailan, sus rostros iluminados por la luz parpadeante de las luces estroboscópicas.

Pero yo estoy en otro lugar, perdido en la oscuridad de mis propios pensamientos.

La celebración es una orgía de luces y sonidos, una bacanal moderna donde los asistentes se entregan al hedonismo desenfrenado. El barco, una majestuosa embarcación, se mece suavemente sobre las olas, como si estuviera bailando al compás

de la música que retumba en sus entrañas.

Los invitados, todos jóvenes y exuberantes, se mueven en una danza frenética al ritmo de los últimos éxitos de la música disco. Las chicas llevan vestidos ceñidos y tacones altos, sus cabellos ondeando al viento como banderas de seducción. Los chicos, con sus camisas desabrochadas y sonrisas deslumbrantes, parecen haber salido directamente de un anuncio de moda.

Entre la multitud, puedo ver a Carla, rubia despampanante con labios rojos como la sangre y ojos azules que destellan con malicia. Está rodeada de una nube de admiradores, todos ansiosos por ganarse su atención. A su lado, está Marco, un chico musculoso con tatuajes que serpentean por sus brazos bronceados. Se mueve con la confianza de quien sabe que tiene el mundo a sus pies.

La música retumba en mis oídos, cada nota un recordatorio de los sueños rotos y las promesas incumplidas. Canciones como «Bailando por ahí», de Juan Magán, y «Despechá», de Rosalía, llenan el aire con su ritmo hipnótico, atrapando a los asistentes en un torbellino de nostalgia y éxtasis.

La droga circula libremente entre los invitados, pasando de mano en mano como un secreto sucio que todos comparten pero ninguno se atreve a mencionar en voz alta. Algunos prefieren la cocaína, esnifándola con avidez como si fuera la clave para la felicidad eterna. Otros optan por el éxtasis, tragándolo con ansias como si fuera la única forma de escapar de la realidad.

Yo me mantengo alejado de los estupefacientes, consciente de que solo me harán sumergirme todavía más en mi dolor. En cambio, busco refugio en los brazos de Laura, buscando en su mirada la redención que tanto anhelo.

Pero incluso mientras nos perdemos en el fragor del momento, sé que la sombra que nos persigue no desaparecerá con un simple acto de pasión. Requiere algo más, algo que aún no he descubierto. Y mientras el barco sigue su curso a través de las aguas oscuras de la noche, me pregunto si algún día encontraré la paz que tanto anhelo, o si estoy condenado a vagar para siempre en la oscuridad de mi propia creación.

Busco refugio en un camarote oscuro, llevando a Laura conmigo. Nos devoramos mutuamente, nuestros cuerpos buscando desesperadamente la redención en el éxtasis del acto carnal. El